

# MI FILOSOFÍA DE VIDA



Manly Palmer Hall

# MI FILOSOFÍA DE VIDA

## (CONFERENCIA)

Una filosofía madura de la vida se origina en una reflexión natural. Vivir sin pensar es fallar en el uso adecuado de los poderes y las facultades con las que hemos sido dotados. Pensar sin aplicar nuestros pensamientos a la conducta de nuestros asuntos es sustituir inteligencia por mero intelectualismo. Es raro que se pueda perfeccionar una filosofía personal sin el estudio, a través del cual nos familiarizamos con las convicciones más profundas y nobles de la humanidad. También debemos recurrir a la experiencia de cada día en la que podemos convencernos de la realidad y la integridad de ciertos principios básicos, siempre presentes y verdaderos. Más allá del estudio y la experiencia están las facultades internas del alma y éstas deben otorgar la certeza final sobre nuestras convicciones. Si, por lo tanto, vivimos con sencillez y sabiamente, buscando primero el mejoramiento de nuestra vida interior, reservando un corazón y mente abiertos, seremos guiados y dirigidos de acuerdo a nuestras necesidades y entendimiento.

Cada persona debe descubrir su propia filosofía de vida, y no es justo ni correcto imponer nuestros códigos a los demás. Sin embargo, es también nuestra responsabilidad compartir con otros las experiencias que puedan tener un valor en común. No deseamos, por lo tanto, convertir o convencer, sino invitar a compartir con la sincera esperanza de que algún bien común se lleve a cabo.

Mi vida ha estado dedicada a la consideración de las doctrinas esenciales que tienen el estado más avanzado del ser humano. Sin embargo, no sería del todo justo decir que he tomado prestadas mis convicciones de la antigüedad, o que soy adicto a las palabras o pensamientos de los famosos o de los ilustres. He elegido, más bien, un curso moderado a través de la observación y la experiencia, y madurado por la reflexión. Pesando todas las cosas, he decidido aferrarme a lo que era bueno para mí y más útil para quienes han buscado mi ayuda y orientación.

De mi búsqueda de lo bueno y lo necesario, he llegado a las siguientes convicciones: Yo creo en un poder supremo y absoluto en la fuente de la vida; la causa de todo lo viviente; y que este principio inefable puede con justicia y verdad ser llamado "El Uno" y "Lo Bueno". Ya sea que los hombres llamen esta Divinidad Universal, Dios, o Alá, o Brahma, o Tao, no es de gran importancia. Porque tales términos y títulos revelan diferencias de idioma, pero no la divergencia de ideas. El hombre ha llegado a conocer este bien soberano a través de la búsqueda de su mente y el anhelo de su corazón. Me parece, sin embargo, que creer en el bien, en un Dios existente en todas partes y por siempre fuente de la sabiduría, la justicia, la verdad y el amor, tenemos que, al final, llegar a la conclusión de que todas las labores de este poder creativo son necesarias, bellas y virtuosas.

El universo en el que vivimos es una de las numerosas manifestaciones de la Voluntad Divina. El mundo, por lo tanto, debe ser esencialmente bueno, porque no es concebible que un principio creará en contra de su propia naturaleza. Si, pues, aparecieran la injusticia, la desigualdad y la calamidad en el mundo, no deberán ser originarias de la inteligencia Divina, sino de la

incomprensión humana. Si no se nos da el conocer todas las cosas, y el resolver todos los misterios, debemos buscar a través de la fe, la esperanza y la caridad, de la belleza y el bien. La voluntad del Poder Eterno se nos revela a través de las leyes que rigen la formación, la generación, el crecimiento, el desenvolvimiento y la mejora de las cosas creadas. A través de la reflexión, podemos experimentar la realidad de estas leyes, y descubrirlas para ser al mismo tiempo sabios y amables. Nosotros veneramos los principios eternos a través de la obediencia y la aceptación alegre de las lecciones de la vida diaria. El fin de todo aprendizaje, los frutos de todos los trabajos y esfuerzos, y la consumación de los más profundos y devotos instintos e intuiciones de nuestras almas es que vengamos a honrar y obedecer las reglas del vasto plan del que somos conscientes y partes separadas. Todas las artes, ciencias, filosofías, religiones y oficios pueden enriquecer nuestras vidas internas, y a medida que nos realizamos a través de ellas, las leyes soberanas de la existencia se revelan y se manifiestan de diversas maneras para nuestro avance e iluminación.

Creo que la conciencia humana es un ser separado del cuerpo en que habita, y que esta conciencia existía antes de encarnarse, y sobrevivirá a la desilusión de su forma física. Estoy convencido de esto, no sólo por la autoridad de la religión y la filosofía, sino también por un sentido natural dentro de mí mismo. Esta creencia está razonablemente sostenida por las circunstancias de la vida. Es difícil mantener racionalmente que el hombre nace, sufre y muere sin razón ni propósito, tampoco es concebible que la experiencia, el conocimiento y el entendimiento, que son, obviamente, y sin duda, las frutas más ricas de la vida, deban cesar y desvanecerse por

completo por el fenómeno de la muerte. Tampoco puedo aceptar la doctrina de un juicio eterno con premios y castigos eternos impuestos al final de un período frágil e imperfecto de años en este mundo. En la economía de la naturaleza, y en la benevolencia permanente de la Providencia, todas las criaturas poseen en su interior la vida del Creador y tienen una continuación eterna de sí mismas o en el Ser Universal. La vida como la conocemos por lo tanto debe ser un episodio de una existencia más grande. Por esta y otras razones, creo en la doctrina de la reencarnación como un modelo de vida más digna para el hombre, más adecuada a las cosas conocidas y vistas, y mejor calculada para revelar la bondad eterna del Ser Soberano.

Estoy dispuesto a aceptar el desafío del crecimiento, a creer que he vivido antes y que viviré de nuevo. Mi situación actual es la suma de mis existencias anteriores, y estoy dotado de las facultades y potenciales de mejora, por lo que puedo avanzar en mi destino de acuerdo a mis aciertos y méritos. Tampoco busco ser perdonado por mis errores, ni aplaudido por mis logros, sino tomar refugio en una ley del bien eterno que me da el derecho a trabajar por mi salvación con diligencia.

No creo en un principio del mal, porque no puedo conciliar esta doctrina con el bien eterno que rige el universo con poder absoluto. Sin embargo, debo explicar, a satisfacción de mi propia conciencia, esas apariencias del mal que me rodean. Por la experiencia y la observación, me he convencido de que el mal es otro nombre para la ignorancia. A través de la ignorancia, el hombre se vuelve egoísta, crítico y destructivo, y de estos abusos y malos usos de sus recursos naturales y divinos, provocan la corrupción y la

discordia en la forma de vida que ha formado. Cuando el hombre viola la ley natural, o desobedece el código de su propia especie, trae sobre sí mismo ciertas retribuciones que le parecen un castigo irracional. En el amplio patrón de la existencia mortal, la discordia revela la necesidad de concordia; el egoísmo, la necesidad de altruismo; la crueldad, la necesidad de bondad, y la ignorancia, la necesidad de la búsqueda incansable de la verdad y la belleza. De este modo lo que llamamos el mal es un sirviente del bien, pues nos hace al final apartarnos del error, y aferrarnos a la realidad.

Creo en el derecho inalienable de todo hombre y mujer de adorar a su Dios, y buscar la verdad de acuerdo a los instintos y las inclinaciones de su propio corazón y mente. Un estudio cuidadoso me ha convencido de que todas las grandes religiones del mundo, del pasado y del presente, enseñan el mismo código esencial de conducta. Todas ellas creen en la existencia de un Poder Soberano o Ser. Enseñan de una manera u otra, la inmortalidad del alma, y afirman la victoria final del bien sobre el mal, la luz sobre la oscuridad, la verdad sobre el error. Me parece que como la tierra tiene muchos climas adecuados para el desarrollo de los seres vivos, entonces la fe puede tener muchos nombres, pero con nombre o sin nombre, reconforta y anima al espíritu sincero que busca el consuelo de la fe devota. No me gustaría, por tanto, tratar de convertir a un hombre de su fe a otra, sino que, más bien, le ayudaría en todo lo que pueda para encuentre la riqueza y la plenitud de su religión. Con el tiempo se dará cuenta de que como una luz puede manifestarse a través de muchos colores, entonces una verdad puede ser buscada y encontrada a través de los varios colores de creencia sincera. Puede suceder, sin embargo, que las diferentes religiones tengan ciertas

partes avanzadas y especializadas, principios y doctrinas de la única religión eterna.

Por lo tanto, creo que a través del estudio de las religiones comparadas, nos acercamos más a la verdad completa que es la única eterna fe. El conflicto entre las creencias, por lo tanto, confunde y oscurece el instinto natural del hombre para adorar al Bien Supremo. Por la misma razón, creo que todas las razas y criaturas son partes de un plan, y no deben considerarse de modo alguno como separadas o distintas del plan. Todos los hombres, independientemente de sus razas o naciones, sus colores o condiciones de vida, comparten una sola vida, existen en un solo mundo y son hijos de un solo Poder Creador. Por lo tanto, mediré a un hombre no por su complexión, sino por sus obras, y me negare a tener cualquier actitud que lo desacredite a causa de las circunstancias derivadas de su nacimiento o estado social. Estoy seguro por mi propia conciencia de que si no puedo encontrar lo bueno en mí y en mi prójimo, de ninguna manera lo encontrare en el espacio y más allá de las estrellas.

Creo sinceramente que he sido dotado con facultades, poderes y percepciones para utilizarlas, de las cuales soy moralmente responsable. Es mi deber conmigo mismo, con mi mundo, y con el Poder Eterno por y en el cual existo, el gobernar mi temperamento, someter mis apetitos, perfeccionar mis emociones, informar a mi mente, y aumentar mi comprensión. El incumplimiento de avanzar en estas causas deben dejarme víctima de mis propias intemperancias, y exponerme a la justa censura de mis asociados. Porque soy un ser consciente, y no estoy obligado a seguir los instintos e impulsos inmediatos de mi carácter, puedo ser amable, justo,

amable, indulgente, compasivo y abnegado incluso en las circunstancias más duras y difíciles. Tanto por la observación y la experiencia, y por el testimonio de los tiempos, puedo diferenciar lo correcto de lo incorrecto, y el bien del mal. No se puede obtener a una definición absoluta de estos términos, pero yo los entiendo cómo se aplican a mí y a mi propia conducta. No puedo, por tanto, pretender ser sabio, virtuoso o devoto a menos que por mis acciones sostenga tales pretensiones.

Creo que el propósito de la filosofía y la psicología es guiarme en la moderación de mi conducta. Ellas me enseñan a ser fuerte en las buenas obras porque me dan una comprensión del Bien. La filosofía no es simplemente una rama del saber, sino que es una forma de vida. A menos que yo practique ese camino, no tengo parte en la filosofía o en la ciencia verdadera, o en la religión pura, porque todas enseñan lo mismo. Yo, por lo tanto, he de juzgar a ese hombre a ser bueno, ser sabio, y ser devoto, quien, según sus propias capacidades y limitaciones, se esfuerza por vivir bien, y llevar sus propios pensamientos y emociones bajo el control del iluminado entendimiento. Las palabras sin obras están muertas. Y una creencia hermosa que no conduce a la gentileza de espíritu, es inútil. Puede ser que todos nos quedemos cortos, pero vamos a contar con que un héroe hace todo lo posible. Porque sabemos que su sincero esfuerzo será recompensado con un mayor entendimiento.

Creo que es correcto y apropiado venerar el Bien, según se revela a través de los que la han servido con cariño y bienestar. Por lo tanto, respeto y admiro a los grandes filósofos, líderes espirituales, sabios y santos que nos han precedido. Yo no los adoro, ni deseo copiar a ninguno de ellos. Pues creo



que cada uno tiene su propio destino que debe ser desarrollado y perfeccionado. Si debemos respetar a nuestros padres que son las fuentes de nuestro ser, ¿No deberíamos también respetar a los sabios, que son la fuente de nuestro bienestar? Por tanto, les agradezco los hombres y mujeres buenos que han vivido, y con mucho gusto les otorgaré el reconocimiento y el aprecio que se les negó a la mayoría de ellos mientras vivían. Creo que podemos superar a nuestro maestro, pero es siempre nuestro deber recordarlo con gratitud. Encuentro un gran consuelo en la idea de que estos buenos y grandes líderes eran mortales como nosotros, con defectos como los nuestros. Por estos hechos y señales me doy cuenta de que es posible que un hombre imperfecto se dedique tanto a la verdad para poder servir a los demás y contribuir a la difusión de las realidades eternas.

Creo que es justo y adecuado que debamos aprovechar al máximo todos los nuevos descubrimientos en todos los campos del saber. No puedo condenar a la ciencia o a la educación o a la filosofía moderna debido a sus deficiencias. Sé que tienen que ser atendidos por mortales imperfectos, que, como yo, buscan crecer y explorar los misterios de la vida, el tiempo y el espacio. Creo que sería imprudente criticarlos o condenarlos, sea que yo haga que otros copien mis actitudes, o sientan que se justifica el estar de acuerdo conmigo. He aprendido por experiencia que las palabras constructivas, la apreciación amable, y un reconocimiento lleno de buenas intenciones contribuyen más al crecimiento de los demás que descubrir sus errores y menospreciarlos. Me inclino, por lo tanto, a permanecer en silencio si no puedo recomendarlo.

Una buena vida debe tener comunión con las partes internas de uno mismo.

Es correcto y apropiado que debemos cultivar la quietud y reservar una parte de nuestro tiempo para la reflexión. Creo que el ser eterno en nuestro interior da a conocer sus propósitos más inmediata y plenamente a través de un corazón en paz y una mente tranquila. Es, por tanto, de la mayor utilidad el experimentar la presencia del Bien Eterno como una bendición sobre el espíritu, inclinándonos naturalmente a la paz del alma. No puede haber paz sin fe, por medio de la fe podemos descubrir la verdad y la realidad de la paz.

Creo que el filósofo debe ser un ciudadano respetuoso de la ley, y debe mantener los estatutos de la nación y de la comunidad en la que vive. Y si no puede aceptarlos y reconocerlos, debería partir a otra región más adecuada a sus inclinaciones. El avance en el aprendizaje nos lleva a preguntarnos acerca de la bondad de las cosas, y a apreciar el crecimiento y el progreso. Esto no significa, sin embargo, que hagamos caso omiso de los fallos y las faltas. Es mejor estar inspirado para corregir una condición que convertirnos en meros críticos. Mientras cultivamos la integridad en nosotros mismos, fortalecemos y enriquecemos a la sociedad gradualmente haciendo posible todas las reformas razonables.

He observado que aquellos de carácter alegre y bien dispuestos hacia los demás, naturalmente lentos para enojarse y rápidos para perdonar, tolerantes e inclinados a cultivar la paz y la concordia, son más propensos a disfrutar de una buena salud. La felicidad y la seguridad deben ser ganadas con la conducta, y están reservadas para quienes merecen tales recompensas. Así se afirman las leyes del universo, y le dan a conocer el plan divino al hombre. La moderación es una virtud; porque la abstinencia

y la indulgencia son extremos, y la naturaleza requiere un término medio. Creo que la posesión es una arrogancia de la mente humana. Nosotros no estamos aquí para ejercer la posesión, sino para aceptar una administración determinada. No podemos poseer a otras personas sin dañarlas, e incluso nos afecta más a nosotros mismos. El tener más de lo que necesitamos es una carga para el alma, y una tentación constante al exceso y la extravagancia. Los que tienen muchos bienes mundanos tienen poco tiempo o poca motivación para cultivar el carácter. Se convierten en sirvientes de sus propias pertenencias, y se engañan con un falso sentimiento de seguridad.

El trabajo es bueno para todas las personas. El amor de la religión o la filosofía o el esfuerzo por adquirir gracias espirituales no deben impedir nunca a un individuo de ser un miembro autosuficiente de la sociedad. Para ser experto en un arte o un oficio se debe participar en la experiencia de la creatividad, conservar el honor y preservar la dignidad de la persona. No puedo concebir que un trabajo útil sea más noble que otro o que el humilde esfuerzo deba ser menospreciado o despreciado. El esfuerzo honesto es una parte tan importante de la religión como el ritual más elaborado en la Iglesia o la Catedral.

Creo que el amor es un poder eterno, y una parte natural del Bien Soberano. Si todas las cosas están creadas con sabiduría, y apoyadas por la fuerza, serán perfeccionadas por el amor. En todas partes del mundo está presente el poder redentor, y trabajando en los misterios de la regeneración y la redención encontraremos el amor. Es una medicina para la enfermedad de la mente, la debilidad del alma, y el cansancio del cuerpo. Por el amor todas

las cosas se templan y se someten, y sus obras perfectas se revelan. Para el hombre, no puede haber ninguna prueba del amor, excepto amando. Por el poder del amor uno es inducido a sacrificarse a sí mismo y a poner la felicidad de los demás por encima de la de uno. Si ama verdaderamente, actuará noblemente. No encontrará ninguna excusa para la crueldad o la discordia, perdonará a su enemigo, y sostendrá a su amigo. No puede haber paz en este mundo, ni tranquilidad en el hombre, y no se puede participar de la gracia de lo eterno sin amor. Por el amor, la sabiduría será vivificada, el conocimiento será utilizado para la bien común, la ciencia se convertirá en sirviente del progreso y la religión pondrá fin a su doctrina del miedo. El amor no debe ser declarado, pronunciado, o hablado, sino que debe manifestarse con hechos. Por el amor nos movemos a hacer cosas que dan alegría a quienes queremos. El amor verdadero no puede ser egoísta, sino que se brinda total y completamente.

Además he observado que es más difícil aplicar la sabiduría de las cosas simples. Es más fácil explicar el universo, que comprender la conducta de un amigo. Es más fácil planificar la reforma de la sociedad, que construir un buen hogar o llevar la risa a los ojos de los afligidos. Por lo tanto, creo que el que busca la verdad debe primero poner en orden lo que está más cercano a él. Él descubre inmediatamente la sabiduría y la locura de sus creencias si intenta vivirlas. Si, en cambio, ignora su propia vida, y busca grandes campos de actividad, puede vivir por muchos años adicto a las falsas doctrinas de la verdad sin que sean evidentes para él. Tampoco debe esperar que los demás lo quieran y lo respeten, si él no los ama ni los respeta. Dos errores nunca harán un acierto, y vamos en contra del bien

mayor cuando permitimos que continúe la discordia entre nosotros.

Creo firmemente que la experiencia religiosa es buena y necesaria, pero no voy a decirle a nadie cual fe seguir. Todos necesitamos el consuelo del espíritu, que viene a los que humildemente reconocen su deuda con un Poder Soberano. La forma de la fe es menos importante que su realidad, pero a través de las formas, los hombres buscan lo sin forma que es la fuente de todo. Asimismo, por lo tanto, es bueno orar, no por las cosas que deseamos, sino por esa profundidad de entendimiento que necesitamos. Oremos, pues, para que vivamos sin ofensas, para que sirvamos al bien, para que en todas las cosas seamos amables, y que finalmente conozcamos a nuestro Dios.

Creo que los que guardan la ley serán sostenidos por la ley. A su debido tiempo, el alma humana, vestida de justicia y de abundante gracia, regresará al Ser Eterno del que procede;

permanecerá en constante perdurabilidad, y conocerá la paz que sobrepasa todo entendimiento. No creo que las almas puedan perderse, que un mal definitivo pueda oscurecer las obras de bien, o que algún lugar dentro de la naturaleza del ser sea fuente o causa de dolor o de terror. También creo que el mundo en que vivimos, con todas sus criaturas y partes es un ser que crece y se desarrolla, y que a su debido tiempo, la gracia en el interior del hombre brillará para poder construir una sociedad hermosa en la que pueda vivir en paz, alegría y armonía. En esos días habrá un buen gobierno, libre de delincuencia y miseria, y la humanidad colectivamente se dará cuenta de su propósito, y gloriosa y alegremente servirá a ese propósito. Hasta entonces, haré lo que pueda según los medios que poseo, para hacer esto

posible sin expectativas de recompensa inmediata.

Creo que es deber y privilegio de quienes ejercen profesiones especiales que se preocupan por el crecimiento esencial del hombre el ser honestos, sinceros y honorables. Creo que no pueden, sin dañarse a sí mismos y a otros, permitir el egoísmo o el interés de influir sobre otros. Me parece que debemos estar especialmente atentos de la educación de los abogados, médicos, hombres de Estado, teólogos, filósofos y psicólogos, haciendo todo a nuestro alcance para ayudarles a comprender la divinidad natural y la dignidad de la vida humana. Porque éstos ejercen una gran influencia sobre la mente popular, deben darse cuenta de que está en su poder el atender a las necesidades internas así como las necesidades externas de quienes dependen de ellos.

Creo en la grandeza del conocimiento y la sabiduría guiada por la fe, y que sin fe, el conocimiento es una locura y una aflicción para el alma. Creo que si sigo el camino de la sabiduría como me fue revelada por los profesores de la carrera, por los instintos e intuiciones de mi conciencia, apoyado por las observaciones y experiencias de la vida, puedo vivir de una manera aceptable a la verdad. Si vivo así, voy a ganar y merecer el derecho a un mayor conocimiento y comprensión, pero no tengo derecho a más de lo que esta sostenido por mi conducta. Además, si me dedico a obras de amabilidad, absteniéndome en la medida de mis posibilidades de acciones y pensamientos destructivos, puedo afrontar el futuro con serenidad de espíritu. Viviré y moriré sin miedo, porque habré justificado mi fe.

Creando en un universo de belleza y verdad, me encontraré todos los días sin preguntas ni dudas. Recordaré el pasado sin arrepentimiento ni

remordimiento. Y miraré hacia el futuro para el cumplimiento de todas las cosas buenas. Más allá de esto, no sé y no puedo hacer. Pero tengo fe en que cuando sea necesario, sabré, y podré hacer. No pido más, y ni acepto menos.



Título original: Philosophy and Religion: "My Philosophy of Life"

Proyecto Manly Palmer Hall

© Del diseño de la portada, Asencios Uribe Rick Anthony

© Adaptación de texto: Yulian Sigifredo Romero Jabalera

© De la traducción, Yulian Sigifredo Romero Jabalera

© De la transcripción, Yulian Sigifredo Romero Jabalera

© Ediciones Ramadeoz

Contacto: [ramadeoz@gmail.com](mailto:ramadeoz@gmail.com)

<https://www.facebook.com/manlypalmerhall>